

CAPITULO X.

SUMARIO.

Gobierno de Don Diego Fernández de Velasco.—Viene á Yucatán á fines de 1597.—Nombra por Teniente á Don Martín de Palomar, y por Maestre de Campo á Hernando de Castro Polanco.—Deja el gobierno, con licencia, en manos de su teniente.—Su viaje á México.—El corsario Guillermo Parker se apodera de Campeche.—Traición de Juan Venturate.—Derrota de los corsarios.—Salen dos fragatas en persecución de Parker.—Abordaje.—Triunfo de las fragatas yucatecas.—Regreso de México de D. Diego Fernández de Velasco.—Nueva aparición de corsarios en Cozumel y en Río Lagartos.—El capitán Alonso Sánchez de Aguilar sale á impedir el desembarque de los corsarios.—Escaramuza con éstos en el puerto de Río Lagartos.—Temores de un golpe de mano en Sisal ó Campeche.—Desvanécense estos temores y recalán los corsarios á Tabasco.—Aparecen de nuevo frente á Sisal.—Formidable rebato en Mérida.—Sale el capitán Ambrosio de Argüelles para Sisal con una fuerza.—Acude en su auxilio el capitán Juan de Magaña y luego el Gobernador con el resto de la infantería y caballería.—Amenazadoras demostraciones de los corsarios.—Desaparecen definitivamente.—Celébranse honras por Felipe II, y se hace la jura de Felipe III.—Disidencias entre el Gobernador y el Obispo Don Fray Juan Izquierdo.—Diferencias del Gobernador con los Campechanos.—Se opone el Gobernador á la independenciamiento de Tabasco respecto de Yucatán.—Conclusión de la Catedral de Mérida.—El Gobernador revisa las cuentas de la tesorería y pone en remate los oficios de alférez y alguacil mayor.—Visita la costa, las vigías y los caminos.—Propone el establecimiento de una fuerza militar permanente.—Prisión de cinco ingleses corsarios.—Expedición del capitán Ambrosio de Argüelles á la bahía de la Ascención.—Lo derrota y coge prisionero un corsario inglés.—Fracaso completo de la expedición.—Los indios de Zaclum solicitan ser evangelizados.—Se les envía el padre Fray Francisco de Santa María.



El último gobernador nombrado por Felipe II fué Don Diego Fernández de Velasco, hijo del Conde de Niebla, que vino á Yucatán á fines de 1597 (1). Como tenía á su familia en México, apenas tomó posesión de su gobierno nombró por su teniente á Martín de Palomar, y haciendo uso de la licencia de que anticipadamente se había provisto, dejó el gobierno en manos de su teniente, y se embarcó para la Nueva España. Antes de partir hizo revista de armas, y nombró por maestre de campo á Hernando de Castro Polanco, uno de los más ricos vecinos de la ciudad, y que había sido secretario del gobernador Francisco de Solís: también confirmó varias encomiendas proveídas por Don Carlos de Sámano y Quiñones: su propósito había sido regresar en breve; pero se enfermó en México y no pudo volver sino hasta Mayo de 1598.

Durante su ausencia, la provincia se vió en graves apuros por una nueva invasión de corsarios. Esta vez eran ingleses que, en guerra con España, no solamente atacaban á los españoles en el continente europeo, sino que hostilizaban y devastaban sus posesiones en América. Yucatán, con sus extensísimas costas, con sus desiertas islas, riesgosos cayos y arrecifes, ofrecía ancho

[1] Cogolludo, tomo II, páginas 87, 88, 91, 108 y 128.—Museo Yucateco, tomo II, página 102.—Sínodo de Parada.—Datos inéditos del archivo del Ayuntamiento de Mérida.

campo á sus depredaciones, y lo supieron aprovechar ampliamente en las obstinadas y dilatadas guerras que Inglaterra y España sostuvieron durante el largo reinado de Felipe II.

Apenas había partido Fernández de Velazco para la Nueva España, cuando se presentó frente al puerto de Campeche Guillermo Parker, con un navío de gran porte, un patache y un lanchón que estuvieron barloventeando algunos días, con grande alarma de los campechanos; mas viendo que el temido ataque no se realizaba, pensaron sin duda que todo pararía en amenazas, y que al fin los bajeles corsarios acabarían por desaparecer. Adquiriendo confianza, uno de los alcaldes, Francisco Sánchez, se fué tranquilo á su estancia; y el otro, Pedro Interián, no estaba muy alerta, pues Parker, aparentando estar perdiendo el tiempo en bolinear, se hizo trazas de ponerse en comunicación con un vecino de Campeche llamado Juan Venturate con quien entró en tratos hasta conseguir que le enseñase un camino secreto por donde podía desembarcar y entrar en la villa sin ser sentido. Así fué que una noche desembarcó Parker sigilosamente, y cayó sobre la villa, entrando por donde nadie se imaginara. Todo fué desconcierto, confusión; no hubo la más leve resistencia, y el corsario se enseñoreó de la plaza, entregándola al saqueo con el acompañamiento consabido de muertes y vejaciones que eran la natural consecuencia de esta clase de acometimientos; pero esto sólo fué en los primeros momen-

tos, porque, rehechos luego los campechanos, se dieron cita al convento de San Francisco, y allí, bajo el mando de Pedro de Interián, se fueron reuniendo todos los hombres capaces de pelear. A poco llegó el otro alcalde con alguna gente que de su lado había reunido desde que tuvo noticia de la invasión, y juntos todos, ya entrado el día, resolvieron tomar la ofensiva vigorosamente: cercaron á los corsarios cogiéndoles las bocacalles por donde podían huír, y rompieron el fuego nutrido y certero. El enemigo contestó con no menor brío, y solamente después de dos horas de rudo combate, herido Parker, mandó tocar retirada, y, en efecto, empezó á abrirse paso hacia la playa, donde había dejado guardia de reserva. Alentados los campechanos con el triunfo, acosaron al enemigo con tesón, y le obligaron á encontrar la salvación en la precipitada fuga con que volvió á sus naves, dejando en tierra gran parte del botín, y á su desgraciado cómplice Venturate, que, reducido á prisión, fué condenado á muerte, y ejecutado sin demora con el terrible suplicio de arrancarle con tenazas por pedazos la carne.

Los campechanos no se durmieron sobre sus laureles, sino que en pos de la derrota infligida á sus implacables enemigos, organizaron inmediatamente salir á la mar á perseguirlos. Armaron esa misma hora en guerra una fragata, y se hizo á la mar en busca de Parker y su escuadra, sin pensar en lo arriesgado que hubiera sido el trance, si por acaso la fragata aisla-

da hubiese dado con los buques enemigos y tenido que combatirlos sola y sin auxilio. Por fortuna, en Mérida, apenas se supo lo acaecido en Campeche, el Teniente Palomar y el Cabildo ordenaron enviar gente de socorro, y para que más rápidamente llegara á su destino, la embarcaron en la vigía de Caucel á bordo de una fragata artillada, y al mando de Don Alonso Vargas Machuca. Yendo rumbo de Campeche se encontraron con la fragata salida de allí, supieron los recientes sucesos, y acordaron juntarse y perseguir á los corsarios. Al fin les dieron vista y comenzó la pelea; el patache abordó á la fragata de Don Alonso Vargas, pero después de reñido combate consiguió Vargas rendirlo: cambió á él parte de su gente, y volvió la proa á Campeche en conserva con la otra fragata campechana. Parker con su otro navío quiso darles alcance; mas á pesar de todos sus esfuerzos fracasó en su intento: el patache prisionero entró en la rada de Campeche bien seguro y escoltado por las dos fragatas de guerra. Todavía permaneció Parker frente al puerto diez y siete días forcejeando por recobrar su patache; pero en vano: los campechanos y el capitán Vargas Machuca hicieron fracasar todas sus tentativas, y por fin abandonó la presa y se dió á la vela para no volver á aparecer.

El primero de Junio de 1598, Don Diego Fernández de Velazco estaba en Campeche, de vuelta de México, y á los pocos días se trasladó á Mérida donde se encargó del gobierno el 25

de Junio del mismo año. Después del triunfo antes enarrado, dejaron los piratas á la provincia en paz durante más de un año; pero en 1599 túvose noticia de que cuatro navíos ingleses estaban surtos en Cozumel, y, como se debe imaginar, no tenían más punto de mira que la costa de Yucatán. Apresuróse el Gobernador á circular la noticia, mandando redoblar la vigilancia en todos los puertos y vigías, y especialmente en Río Lagartos donde aquel año había copia de mercancías y dinero listos á ser exportados, y que de seguro era lo que más tentaba la codicia de los corsarios ingleses que desde Cozumel espiaban el momento oportuno de lanzarse sobre su presa. Así era en verdad, pues á poco uno de los alcaides marítimos llamado Antonio Pérez avisó que había avistado un navío rumbo á Río Lagartos; y luego, que los corsarios habían entrado en este puerto y robado unas fragatas surtas y cargadas de mercancías. Fué entonces cuando el ayuntamiento de Valladolid, de acuerdo con el Gobernador, comisionó al capitán Alonso Sánchez de Aguilar (1) para que con gente armada suficiente fuese á Río Lagartos á impedir que los ingleses desembarcasen y se apoderasen de las mercancías existentes en las bodegas de dicho puerto. Se distinguió en esta ocasión el capitán Sánchez de Aguilar por la energía, eficacia y rapidez de sus operaciones: en breves momentos reunió más de cuarenta es-

[1] Probanzas de méritos y servicios del antiguo conquistador de Yucatán Hernando de Aguilar, y de su hijo Bernaldo Sánchez y nieto Alonso Sánchez de Aguilar.

pañoles y más de cien indios flecheros; á la cabeza de ellos salió de Valladolid el 8 de Abril de 1599, y el día 11 en la mañana ya estaba en Río Lagartos. Su primer cuidado fué poner en salvo el añil, cera, hamacas y otras mercancías que en mucha cantidad había allí embodegadas: solamente tomó, pero pagándolos de su peculio, cien cueros curtidos para reforzar las trincheras que mandó construir en los lugares adecuados, con el objeto de resistir el empuje del enemigo si llevaba su audacia hasta el punto de intentar un desembarque.

Los corsarios estaban allí surtos en el puerto con su presa; pero el capitán Aguilar, desprovisto de buques con que represar, se limitó á fortificar el punto y mostrar que estaba vigilante, con el objeto de apartar á su enemigo de todo pensamiento de desembarque, y así lo consiguió, pues el buque inglés, después de dos días de observación, desapareció, probablemente en busca de refuerzo, porque once días después se presentaron dos grandes naves y un patache, echaron al agua dos lanchas con más de sesenta hombres, las cuales entraron con grande ímpetu por la canal que conduce al puerto, y penetraron en la bahía con marcadas muestras de poner pié en tierra; mas el capitán Aguilar, que los esperaba con su fuerza formada en batalla en la orilla, los recibió con una severa rociada de fusilería y flechas, y los obligó á detenerse, no sin contestar el fuego con mosquetes. Luego hubo una tregua, y á la hora del crepúsculo se retiró la fuerza

principal enemiga, dejando una lancha con quince soldados en vela, con cuerdas encendidas y mosquetes preparados, lo cual hizo creer al Capitán Aguilar que á la mañana siguiente tendría que sostener más seria embestida. No se realizaron sus temores, pues al amanecer retiróse la guardia enemiga, y al salir el sol viéronse desaparecer las naves costa abajo. Sospechóse que fuesen á dar un golpe de mano en Sisal ó Campeche, y así, el capitán Aguilar, con los cuatro postas que había de vela noche y día, comunicó el suceso al Gobernador; mas por entonces los corsarios no atacaron ninguno de los puertos circunvecinos, sino que llevaron más lejos su depredación: se dirigieron á la villa de Tabasco, la sorprendieron, la saquearon, y, cargados de botín, la abandonaron inmediatamente.

De vuelta de esta correría, los corsarios apresaron en su camino varios buques mercantes, y se presentaron de nuevo frente á Sisal á principios de 1600. La nueva se anunció en Mérida con el toque de rebato, y el 8 de Marzo al medio día, con un sol que rajaba piedras, salió el capitán Ambrosio de Argüelles para Sisal con la primera fuerza disponible, y el Gobernador, en persona, salió al día siguiente con el resto de la tropa, y se situó en Hunucmá, dejando en Mérida un destacamento de artillería con doce cañones para el evento de que el enemigo le robase la vuelta y se presentase inopinadamente á la capital.

Argüelles al llegar á Sisal encontró cuatro

navíos ingleses fondeados, y dió aviso de ello al Gobernador, quien dispuso fuese en su auxilio el capitán Juan de Magaña con mayor número de tropa, y que tomase el mando superior de toda la fuerza, y, por último, el mismo Gobernador acudió á Sisal con el resto de la infantería y caballería. La rapidez de todas estas operaciones indicó al enemigo que estaban en guardia, y así no se decidió á desembarcar, limitándose á demostraciones amenazantes, retirándose primero más afuera para volver luego las proas al puerto. Al fin, después de veinticuatro días de amenazas sin resultado, los corsarios desaparecieron definitivamente: la paz renació, y el Gobernador pudo volver á Mérida á ocuparse de los demás ramos del gobierno que no había podido atender por los graves cuidados de la guerra.

Tocóle á Fernández de Velazco presidir las honras de Felipe II, y alzar pendones por su inmediato sucesor Felipe III, porque muerto aquel después de larga y congojosa enfermedad, se comunicó desde el 26 de Septiembre de 1598 al Gobernador de Yucatán la elevación al trono de éste y la muerte de aquél. No fué, empero, sino hasta principios de 1599 cuando llegó á la provincia la noticia oficial. Inmediatamente el Gobernador, el Obispo y los dos Cabildos, secular y eclesiástico, se pusieron de acuerdo en la preparación de las solemnidades. Se mandó levantar un gran tablado en la plaza mayor de la capital, el cual, empezando por todo el frente del palacio del Gobernador, daba vuelta frente

á la Catedral y se prolongaba hasta el obispado. El 18 de Abril de 1599, á las cinco de la tarde, salió del palacio del Gobernador una bien ordenada procesión y comitiva: iban delante tambores, pífanos, y trompetas; luego todos los vecinos españoles de la ciudad ricamente aderezados y á caballo; en seguida los regidores del Ayuntamiento por orden de antigüedad, de dos en dos (1); el Tesorero Real, el Contador, y en el fondo el Gobernador, el Licenciado Alonso Fernández Maldonado, Teniente General, los alcaldes ordinarios, y el alférez, llevando el estandarte de la ciudad, de damasco carmesí, con el escudo bordado y orlado del toisón. Se dirigió la comitiva calle derecha hasta el recién fundado hospital de Nuestra Señora del Rosario, y dando vuelta, rodearon la Catedral saliendo á la plaza mayor por una calle hoy cerrada que pasaba frente al costado Sur de dicha Catedral. Subieron al tablado, y allí, presentes los escribanos Ambrosio de Argüelles y Luis de Torres, y dos corpulentos reyes de armas con mazas de plata al hombro, el Gobernador, en voz alta, clara y sonora, dijo tres veces: "silencio, silencio, silencio; oíd, oíd, oíd; y luego, quitando el alférez la gorra al Gobernador, alzó aquél el estandarte tres veces consecutivas gritando á voces: "Yucatán, Yucatán, Yucatán, Cozumel y Tabasco por el rey Don Felipe nuestro Señor, tercero

[1] Eran miembros del Ayuntamiento aquel año, Martín de Palomar, Juan de Paredes Osorio, Francisco Chamizo, Francisco Martín-rredondo y Gonzalo Méndez.